

Y después de la guerra... ¿Qué?

And After the War... What?

Germán Bonanni

Veterano de Malvinas, Argentina

Estoy absolutamente convencido de que nadie está preparado para vivir una guerra. Y si hablamos de nuestro caso, con 19 años, sin una gran preparación militar y mucho menos psicológica, en una época política en la cual sólo era válido aceptar órdenes y cumplirlas, con un gobierno militar represivo y torturador, es mucho más complicado.

La ley del servicio militar obligatorio nos obligaba a dar un año de nuestras vidas para una supuesta preparación militar. Digo «supuesta» porque eso era sólo una parte, la mayor parte era subordinarse al poder del superior (salto rana, cuerpo a tierra, sacar petróleo, pintar árboles y cordones, y otras cosas), bajo amenazas de castigos.

Me tocó participar de la Guerra de Malvinas en 1982 y cuento lo anterior porque esos mismos militares que torturaban y desaparecían gente son los que fueron a formar parte de la defensa de las Islas.

En un primer momento, nuestro ímpetu de juventud y desconocimiento de qué era lo que iba a pasar nos hacía creer que formábamos parte de una aventura. Hasta que empezó el frío, el hambre, las torturas de los propios, y el comienzo de la guerra. Y empezamos a ver los primeros heridos, los primeros compañeros muertos, y sumado a lo anterior todo se volvió un combo muy difícil de soportar. Y en un momento la guerra terminó, y sentimos que por fin todo eso que habíamos vivido por más de dos meses había sido una pesadilla, y que para nosotros todo había finalizado.

¡Bien equivocados estábamos! Hubo un proceso de ocultamiento de lo que había pasado, una prohibición de contar lo que habíamos vivido, sin entender mucho el porqué. Y un día volvimos de donde habíamos salido, a encontrarnos de nuevo con esa vida que habíamos dejado con la intención de retomarla como si nada hubiera pasado.



Received: 03/05/2024. Final version: 08/07/2024

eISSN 0719-4242 – © 2024 Instituto de Filosofía, Universidad de Valparaíso

This article is distributed under the terms of the

Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 Internacional License



CC BY-NC-ND

El regreso fue caótico, con familiares de soldados que habían ido a encontrarse con ellos nuevamente, y sobre muchos otros nadie tuvo la valentía (con «nadie» me refiero al ejército) de golpear las puertas de sus casas y de frente a sus padres explicarles que su hijo había muerto en una guerra defendiendo la soberanía de la patria.

Tratar de seguir la vida normalmente para muchos de nosotros fue una utopía. Abandonados, olvidados y ocultados. Sin contención médica ni psicológica, sin ayuda de ningún tipo. Así cada uno tuvo que sobrellevar su historia como pudo, pero algunos no pudieron. Conseguir un trabajo era imposible. Nadie quería tomar a un joven que había vivido una guerra de la que nadie sabía nada. A otros les costó seguir estudiando. Nos era difícil encontrar puertas que no tenían llaves. Así las cosas, además de los que perdieron la vida por la guerra, otros la perdieron en la postguerra al no encontrar salida y creer que no estar era la única alternativa que les quedaba.

Viendo esto, empezamos a organizarnos formando centros de excombatientes y luchando primordialmente por un programa de salud. Más de 10 años estuvimos luchando, nos llevó esfuerzo, y la vida de muchos compañeros que seguían decidiendo quitarse la vida por no poder soportar el dolor que cada uno de nosotros lleva dentro.

Los centros de Ex-combatientes fueron una parte fundamental en la contención de los compañeros. Poder compartir una copa y un plato de comida con gente que había pasado lo mismo que había pasado uno no nos hacía sentir tan solos. Y los que estábamos un poco mejor, ayudábamos a los que estaban un poco peor, y esa contención que logramos darnos hizo que esos suicidios lentamente dejaran de suceder.

Cada uno de nosotros llevamos la guerra como podemos, no como queremos. Y así hoy podemos encontrar que cada uno busca su lugar de confort: hay quien quiere seguir viviendo la guerra, hay quien quiere aislarse de todo lo que tenga que ver con eso. Hasta en la vestimenta lo vemos: a algunos les gusta vestirse de combatiente, y otros intentan buscar actividades que logren hacer de las miserias de la guerra algo superador.

En mi caso, mi cable a tierra, es ir por los distintos establecimientos educativos contando la historia de Malvinas y creo fervientemente en hacer entender que la Guerra es algo que no tiene que volver a pasar. Y encuentro Malvinas como una cuestión y les muestro las consecuencias de lo que pasó después de esos dos meses. La base militar, la pesca, el petróleo, la Antártida, son esas cosas que debemos saber que fue el real motivo de la Guerra. Sin olvidar los compañeros caídos, creo que hablar solamente de la gesta no cuenta toda la historia de Malvinas.

Cada día, a partir del 14 de junio de 1982, encontramos algo que nos recuerda esa guerra: el viento, el frío, el sol ..., no hay un solo día en que algo no nos recuerde la Guerra. Y así vivimos llevándola, como dije antes, como se puede, y tratando de que ese dolor que llevamos dentro no logre doblegarnos. Muchos logramos formar nuestras familias, otros terminar sus

Y después de la guerra... ¿Qué?

Germán Bonanni

estudios y otros progresar en sus trabajos. Como dato curioso, la mitad de nuestras nietas se llaman Malvinas, como para entender lo que uno sin darse cuenta transmite en sus hijos. Cada uno logró fortalecerse ubicándose en el lugar que creemos más cómodo.

Pasaron más de 40 años y entre nosotros seguimos compartiendo historias y charlas. Quizás eso sea lo único rescatable que nos dejaron esos días: una gran amistad entre nosotros. Nos seguimos ayudando, nos seguimos abrazando, y cada día que comienza nos damos cuenta de lo afortunados que fuimos.

Germán Bonanni

Centro de Excombatientes Islas Malvinas La Plata (Cecim La Plata, Argentina)

RHV, 2024, No 26, 201-203



CC BY-NC-ND